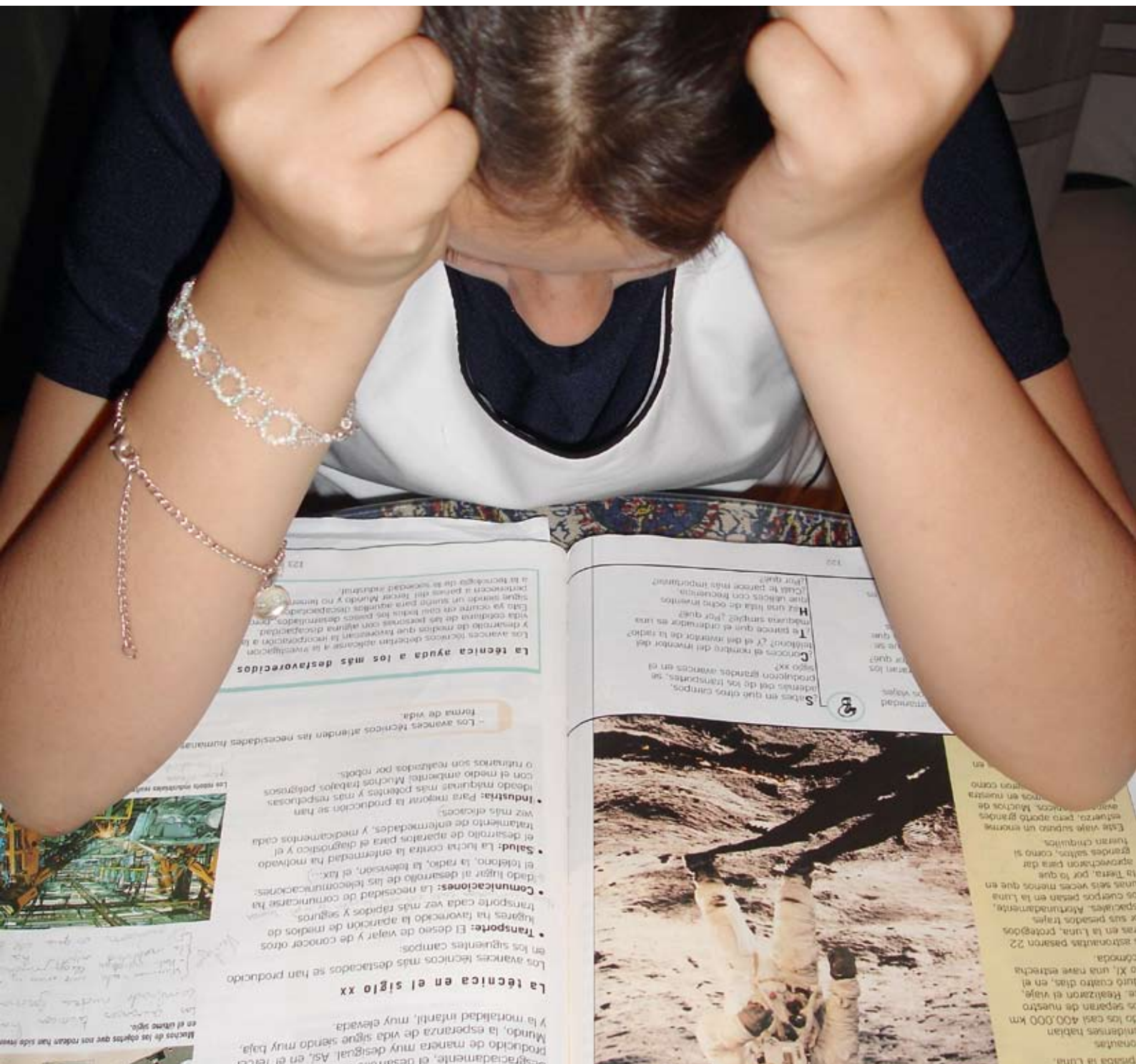


¿Funciona el libro de texto?

Un análisis desde la biblioteca



Siempre ha habido y habrá buenos y malos libros, igual que buenas y malas bibliotecas escolares. Pero aun en el caso de que confluyan un buen libro de texto y una buena biblioteca en un mismo centro educativo, de nada serviría si no se cuenta con un docente con la preparación suficiente como para provocar y estimular la curiosidad de sus alumnos para formar generaciones ilustradas, capaces de analizar y mejorar la sociedad en que vivimos.

Todos los estudios conocidos y las encuestas realizadas al profesorado muestran que el libro de texto sigue siendo, con mucha diferencia, el instrumento pedagógico más usado en nuestras escuelas e institutos. Y ello a pesar de que todas las reformas educativas de la democracia apuntaban la necesidad de ampliar los recursos didácticos, en consonancia con unas corrientes de innovación que veían al libro de texto como uniformador de mensajes y de mentes adolescentes, y empobrecedor de las habilidades profesionales de los docentes. Incluso la reforma franquista de 1970 se permitía flirtear con la idea de que los libros de texto únicos deberían dejar paso en nuestras escuelas a una variedad de documentos de trabajo como medida previa o paralela a la transformación de una enseñanza puramente memorística en otra más racional y analítica.

Aparentemente, el libro de texto proporcionaría un saber “enlatado”, compacto, sin fisuras, cuando el conocimiento es por esencia abierto, relativo y provisional; transmitiría una idea de la ciencia como un conocimiento adquirido de una vez por todas y que debe ser “aprendido”, repetido, memorizado, mucho más que comprendido y analizado; sería el vehículo por el que circularía oculto el mensaje del argumento de autoridad, el instrumento que impondría en las mentes de púberes y adolescentes la pasividad de la aceptación, de la obediencia y la sumisión sin escrutinio racional previo. En las mentes de los pensadores críticos más “consecuentes” (y alejados de la escuela), el libro de texto sería un instrumento perverso al servicio, como la escuela misma, de la reproducción, de la dominación.

Si, como los sociólogos de la reproducción y entre ellos el primer Bourdieu, se acepta que la escuela en nuestras sociedades no es más que un mecanismo al servicio de las clases dominantes para reproducir la desigualdad y hacerla pasar como “natural” o incluso como conveniente, parece necesario buscar los mecanismos pedagógicos por los que tales propósitos se cumplen; en esta búsqueda, pronto aparecen los profesores acrílicos y su principal herramienta, los libros de texto.

Ante estas evidencias, la ofensiva contra la escuela autoritaria y memorística debía basarse esencialmente en la formación del profesorado y en la elaboración de materiales para el aula, abiertos, diversos y adaptados a las capacidades del alumnado, de modo que las clases magistrales (o sea, las clases en las que el profesor repite o redundante sobre los contenidos del libro de texto) y su co-



rolario, los exámenes memorísticos, se pudieran sustituir por clases participativas, por una enseñanza basada en la indagación (el mitificado “aprendizaje por descubrimiento”) y por trabajos realizados por los alumnos, preferentemente en grupo cooperativo.

La psicología del aprendizaje, o por mejor decir, algunas de sus versiones, jugaron en la justificación teórica de este proyecto renovador un papel esencial, a veces tan protagonista que muchos profesores innovadores y deseosos de mejorar la escuela acabaron enredados en cuestiones tales como cuándo se adquiere el pensamiento hipotético deductivo o el pensamiento abstracto y, por ende, cuándo y cómo

los psicólogos del aprendizaje (ajenos a la escuela, a la que muchos de ellos se habían acercado tan solo para pasar alguna encuesta que corroborara sus planteamientos).

Años de experiencia en las aulas van llevando a los buenos profesores a convencimientos más matizados y a prácticas más meditadas; al fin y al cabo todos ellos, que se consideran, y sin duda son, profesores solventes que dominan y comprenden su materia, se formaron en la escuela tradicional. Y es que la escuela de hace treinta o cuarenta años, por no remontarnos al *trivium* y al *quadrivium*, no puede valorarse exclusivamente atendiendo a los malos profesores y a los malos libros de texto



se pueden presentar a los alumnos aquellos contenidos cuya comprensión requiere operaciones complejas del pensamiento. Llegaron algunos con ello a conclusiones tales como que a los doce años los chicos no pueden estudiar las estructuras sociales y su evolución (los “modos de producción”) por incapacidad para entenderlas, así que la enseñanza de la Historia debía retrasarse o limitarse a hechos concretos, estos sí, parece, asequibles al nivel de desarrollo mental de esos muchachos. Hete aquí la coincidencia, por otros caminos, desde luego inesperados, de la historia tradicional de reyes, héroes y batallas con la que parecía deducirse de los razonamientos de algunos de es-

por la sencilla razón de que siempre ha habido profesores excelentes y buenos manuales que han jugado un papel muy positivo con aquellos alumnos que tuvimos la fortuna de encontrarlos.

Y conviene recordar que un mal profesor con un buen libro de texto resulta una combinación peor que la de un buen profesor con un mal libro de texto. Porque finalmente somos los profesores los que decidimos, bien o mal, sobre los procesos de enseñanza y de aprendizaje de los alumnos que la sociedad nos ha encomendado.

Desde luego, parece claro a estas alturas, y las investigaciones didácticas

Aparentemente, el libro de texto proporcionaría un saber “enlatado”, compacto, sin fisuras, cuando el conocimiento es por esencia abierto, relativo y provisional.

más solventes así lo demuestran, que en nuestra sociedad de la información resulta más conveniente y más eficaz disponer de una diversidad de materiales curriculares, de informaciones actualizadas constantemente, de fuentes y de comentarios, que de una sola fuente de información, por bien estructurada, presentada y concebida que esté. Y aquí es donde libro de texto y biblioteca convergen, abriendo unos espacios de colaboración tanto más amplios cuanto mayor sea la solvencia profesional del docente y cuanto mayor sea la calidad del texto.

Un mal libro de texto (y justo será reconocer ya que hay muchos malos), autosuficiente, que contiene todo lo que se debe saber (y por tanto todo lo que se va a exigir en los exámenes), que no estimula la curiosidad ni plantea cuestiones para la reflexión o para la crítica, no necesita de otros materiales, puede prescindir perfectamente de la biblioteca. Un profesor que basa toda su acción docente en la explicación (redundante

a menudo) de las lecciones del libro de texto, no necesita para nada de una biblioteca. Y esta es la situación más extendida en nuestras escuelas e institutos. Pero, y quiero insistir en ello, los malos libros de texto perviven, se difunden y progresan porque son elegidos por unos profesores que los prefieren a otros textos más respetuosos, con mejores formas de enseñar y de aprender que la mera repetición.

Y también será necesario reconocer que muchos de los materiales para el aula concebidos en los años de mayor actividad de la reforma educativa (finales de los 80 y los 90) acabaron funcionando como neotextos en manos de muchos profesores sin la preparación suficiente o sin las ganas de cambiar sus métodos y de salir del aula a la búsqueda de los complementos necesarios para toda buena formación. Por ello se puede afirmar que en los últimos años se han difundido más (dentro de lo poco difundidos que han sido) los “nuevos” materiales de enseñanza



—que exigían teóricamente el uso de otras fuentes, lecturas, comentarios y trabajos— que las bibliotecas, lo que no deja de plantear una contradicción que nos pone en la pista del mal uso de unos buenos materiales de clase.

Un buen texto, en manos de un profesional solvente, se convierte en una guía de estudio que contiene la información esencial y las orientaciones para el proceso de aprendizaje, a menudo, sobre todo para los alumnos de la ESO, imprescindible como punto de apoyo, de organización de los contenidos del currículo y como “soporte” para aclarar ideas, buscar información esencial bien presentada y tomar contacto con la materia de estudio. Un *buen texto* no es necesariamente un “libro de texto” lleno de colorines, esquemas abstrusos, ilustraciones colaterales y de tandas de ejercicios tediosos y repetitivos. Y hay buenos textos y buenos libros de texto aunque a veces cueste encontrarlos y los profesores debemos dedicar más tiempo del que estamos dispuestos a analizarlos, valorarlos y utilizarlos adecuadamente.

Con texto o sin él, la biblioteca (la buena biblioteca, claro) es imprescindible si en nuestra moderna sociedad de la información pretendemos formar unas nuevas generaciones ilustradas y no simples consumidores satisfechos e incapaces de analizar y, por ende, de mejorar la sociedad en la que vivimos (que por cierto es manifiestamente mejorable).

Un buen libro de texto y una buena biblioteca (o sea, algo más que un depósito de libros casi siempre cerrado, poco accesible y con olor a rancio) forman un tándem interesante, productivo, eficaz y necesario, siempre y cuando un buen profesor actúe como catalizador. Y es que, como ya se ha dicho en muchas ocasiones, para obtener ese producto nuevo que llama-



mos aprendizaje en las mejores condiciones no basta con tener los mejores ingredientes, los mejores textos y las mejores bibliotecas; se necesita, primero, un buen profesor, bien formado, con entusiasmo y ganas.

Los buenos profesores, desde siempre, han sido y son los que utilizan los mejores libros de texto, los mejores materiales de apoyo, los que exigen y trabajan por unas buenas bibliotecas, los que estimulan la curiosidad y el pundonor de sus discípulos y los que no se quedan en la mera repetición de los saberes adquiridos.

Así pues, no me parece que los buenos manuales sean incompatibles con las buenas bibliotecas, sino que más bien creo que son las malas prácticas docentes las que resultan incompatibles tanto con los buenos libros de texto como con las bibliotecas. Quizás merezca la pena reflexionar sobre ello. ■